Valladares

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

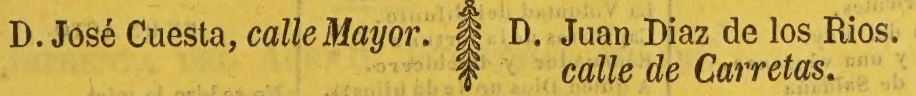
REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE

Los preciosos ridículos



PUNTOS DE VENTA EN MADRID.



D. José Cuesta, *calle Mayor.* D. Juan Diaz de los Rios. *calle de Carretas.*

Catálogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círculo Literario Comercial, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios,
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Dieo Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

La Escuela de los ministros.
Al pié de la letra.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo
La Flor de la maravilla
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos!..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil
María y Felipe.

EN UN ACTO.

No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.

LOS PRECIOSOS RIDICULOS.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

D. RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.

Representada con aplauso en el teatro de Variedades en enero de 1856.



MADRID:—1856.

IMPRENTA DEL AGENTE INDUSTRIAL MINERO,
á cargo de D. V. Maldonado.
Calle de los Caños, núm. 7, cuarto bajo.

PERSONAS.

—

D. CAROLUS DEL OLIMPO..	D. José Córcoles.
D. JULIO.	Luis Martinez.
D. ULRICO..	Antonio Lopez.
D. DIEGO.	Ceferino Hernandez.
D. ANTONIO.	Antonio Chavarría.
VENANCIO..	Juan Rodrigo.
D.ª EMETERIA.	D.ª Juana Rodrigo.
DELFINA.	Ramona Lansac.
MATILDE.	Joaquina Ayta.

ACTO UNICO.

Sale de una casa de campo.—Tres puertas al fondo que dan á un jardin: dos puertas á la derecha y una á la izquierda.—Canapé y mesa á la izquierda, sillas, etc.—Un estante pequeño á la derecha, primer término.

ESCENA PRIMERA.

VENANCIO *solo.*—(*Está sentado á la izquierda, con un libro en la mano y vestido de lacayo.*)

VENANCIO. Sentir un alma de poeta y llevar librea! Oh! la sociedad! la sociedad!.. (*Llaman y se levanta.*) Allá van! Es el señor don Carolus del Olimpo que pide el chocolate!.. Hé ahí un hombre armonioso!.. un compositor magistral y truculento!.. Es necesario oirle cuando habla con sus dos amigos... tres talentos culminantes que se han instalado en esta casa de campo! Qué palabras!.. qué frases!.. Los campesinos no comprenden nada... son tan brutos los campesinos!.. La señora doña Emeteria y su sobrina tratan de hablar como ellos... pero qué atrás se quedan!.. Son tan clásicas... Ah! La señora.

ESCENA II.

VENANCIO.—DOÑA EMETERIA Y DELFINA.—(*Doña Emeteria entra dando el brazo á Delfina: trae antiparras muy antiguas, y un libro en la mano.*)

D.ª EMET. «Para asistir al baile de las tinieblas, la noche silenciosa habia arborado su broche de ópalo.»

VENANCIO. Qué sublimidad! (*Vase por la izquierda.*)

D.ª EMET. Su broche de ópalo?.. Qué podrá ser esto?.. (*Quitándose las antiparras y reflexionando.*)

DELFINA. Tia, qué retrospectiva es usted!.. El broche de ópalo es el pálido Febo.

D.ª EMET. Dios mio!.. Qué talento tiene este autor!.. nunca le comprendo!.. (*Venancio entra con una jícara de chocolate y pasa á la derecha.*) Su broche de ópalo!.. Cervantes, Moratin, ó cualesquiera otro ignorante, hubieran dicho prosáicamente la luna... clásicos al fin!

VENANCIO. (Clásicos!.. qué horror!..) (*Con desprecio; llaman.*) Allá van!

D.ª EMET. Venancio, cómo siguen esos señores?

VENANCIO. Muy bien, escepto el señor don Carolus, el ahogado, que continúa sumamente lánguido...

D.ª EMET. Pobre sensitiva!

VENANCIO. Señora... ahí fuerá está una artesana, que parece ha mandado usted llamar.

D.ª EMET. Bien... hazla introducir.

VENANCIO. Voy á introducirla... así que lleve el chocolate al ahogado... (Oh! la sociedad! la sociedad!) (*Yéndose. Dá un traspiés y vierte casi todo el chocolate, y se va por la derecha.*)

ESCENA III.

DOÑA EMETERIA.—DELFINA.

DELFINA. Pobre Carolus!.. Cuando pienso que no está aun restablecido despues de tres semanas que hace está aquí con sus amigos...

D.ª EMET. Y todo por qué?.. Por haber querido disputar á las ondas un escribano!.. un prosáico escribano!..

DELFINA. Qué abnegacion!

D.ª EMET. Así son los artistas!.. Que un alguacil caiga al agua y siempre se encontrarán en la márgen tres hombres de talento prontos á precipitarse... Qué felicidad para nuestra casa de campo hallarse allí á la mano en el mo-

mento del accidente... y qué encantadora sorpresa para don Diego, mi marido y tu señor tio, á la vuelta de su viaje!

DELFINA. Oh! me acordaré eternamente de la escena!.. Veo aun la figura del infortunado cuando sus dos amigos le depusieron en los bancos del jardin... Estaba azul!..

D.ª EMET. Oh! ver á su puerta un hombre azul y no poder decirle... «Sírvase usted entrar.» Esto era superior á mis fuerzas; y por eso pisoteando escrúpulos vulgares no vacilé en ofrecer un asilo á esos nobles jóvenes; y no me arrepiento, porque desde que están aquí, mi alma se ha abierto bajo el templado álito de sus miradas azules!

DELFINA. Y qué bien se espresan, tia!

D.ª EMET. Son liras, hija mia, liras! Don Carolus sobre todo... qué ternura contenida en su mirada!.. Cuando lo trajeron parecióme ver la estátua de la dulzura saliendo de las ondas amargas!

DELFINA. Ondas amargas en Getafe?

D.ª EMET. Qué importa?.. Es para redondear la frase!.. Y don Ulrico el pintor!.. porque estoy flotando entre dos hijos perdidos de la poesía!.. qué cabeza baironiana!.. Qué acre y qué amargo es!.. Me asusta y me atrae á la vez... como el abismo.

DELFINA. Pues á mí no me asusta don Julio... al contrario...

D.ª EMET. Cómo?..

DELFINA. Le encuentro algo de sobrehumano, de seráfico, de no es posible!..

D.ª EMET. Pobre paloma!

DELFINA. Cómo se siente bullir la inspiracion bajo aquel vasto cráneo desamueblado por las vigilias!

D.ª EMET. Rapado por las musas! Pero hablas con un entusiasmo... Delfina?

DELFINA. Tia?

D.ª EMET. Acércate... siéntate á mi orilla. Habla, hija mia; desgrana en mi seno el rosario de tus confianzas... Lo amarás por ventura?

DELFINA. Cuando respiro el ruido de sus pasos, tiemblo!.. cuando su voz ilumina mi oido, me es-

tremezco!.. cuando su mirada llama á la puerta del mio... suspiro!.. Es esto amor, oh, tia?

D.ª EMET. (Canastos!.... Mucho lo temo!....) (*Levantándose*).

DELFINA. No es culpa mia... Don Julio tiene siempre unas cosas tan amables que decir...

D.ª EMET. Tambien las tiene don Carolus!

DELFINA. Ayer me comparó á una gota de rocío arrullada en el seno de una adormidera.

D.ª EMET. De una adormidera!.. Lo mismo que el loco de Carolus que hace tres dias me comparó á una yegua amasada en un rayo de sol!.. pero no lo he creido... seamos fuertes, Delfina, y pongamos un candado de marfil en la puerta de nuestros ensueños!

ESCENA IV.

DOÑA EMETERIA.—DELFINA.—MATILDE.

MATILDE. Ya me canso de esperar!

D.ª EMET. Qué ocurre?

MATILDE. Me han dicho que la señora busca una costurera...

D.ª EMET. Sí... (Qué fastidio!)

MATILDE. No necesito decir que mi probidad...

D.ª EMET. Probidad?.. Y quién le pide á usted probidad? Sabe usted cómo la define don Ulrico?

MATILDE. Don Ulrico?

D.ª EMET. Un témpano de nieve que solo espera para liquidarse un rayo de sol.

DELFINA. Qué belleza!

D.ª EMET. Que amargura!

MATILDE. (Si estarán locas estas mujeres?)

D.ª EMET. Ahora debo prevenirla á usted una cosa muy importante.

MATILDE. Diga usted.

D.ª EMET. No quiero que entre en mi casa una sola obra clásica, ni la menor comedia... en cuanto á dramas y tragedias me es igual.

MATILDE. Por mi parte...

D.ª Emet. Tenemos aquí artistas, y sepa usted que los que abrigo bajo mi techumbre...

Delfina. Son hombres de seis piés!

Matilde. Y cogen aquí? (*Mirando al techo.*)

D.ª Emet. Silencio! Vaya usted á instalarse en la pieza de labor, un piso mas elevado, y entiéndase usted con mi doncella.

Matilde. Voy. (Literatuelos aquí!.. No permaneceré mucho en esta casa!) (*Váse.*)

ESCENA V.

Doña Emeteria.—Delfina.—Venancio.—*Despues* Julio *y* Ulrico.

D.ª Emet. A esa muchacha le falta poesía!

Venancio. Los señores don Julio y don Ulrico desean saber si las señoras consienten en concederles la dulzura de una entrevista.

D.ª Emet. Con alma y corazon.

Delfina. Un momento! (*Las dos damas corren al espejo y arreglan su tocado.*)

D.ª Emet. Que pasen.

Venancio. (*Anunciando.*) El señor don Julio!.. El señor don Ulrico!.. (*Julio y Ulrico entran: sus trajes son muy elegantes. Salutaciones graves y ceremoniosas.*)

D.ª Emet. Querido poeta, ha dormido usted algo?

Julio. Yo, señora?.. Yo no duermo nunca.

D.ª Emet. Y usted, señor don Ulrico?

Ulrico. Yo, por el contrario... yo duermo siempre.

Julio. Y ustedes?

Delfina. Nosotras nos hemos paseado hasta muy tarde en el parque...

D.ª Emet. Sí: la noche silenciosa habia arborado su broche de ópalo.

Julio. Delicioso! De quién es esa frase?

D.ª Emet. Es... es mia.

Delfina. Tia... (*Bajo.*)

D.ª Emet. (Cállate!.. Los robos literarios son muy de moda! (*A Delfina.*) Y cómo aparece hoy de

mañana el señor don Carolus, nuestro querido ahogado?

ULRICO. Oh! muy dulcemente...

JULIO. Esta noche ha tenido una leve recaida...

D.ª EMET. Pobre jóven!

JULIO. Créanos usted que estamos confusos... porque en verdad abusamos de una hospitalidad...

D.ª EMET. No hablemos de eso!.. hablemos mejor de vuestras obras... Piensa usted esclaustrar pronto algunas de sus rutilantes poesías?

DELFINA. Y... de qué escuela es usted?

JULIO. De ninguna, señora: yo profeso el principio de que las escuelas son la rémora de la ilustracion, inclusas las de primera enseñanza.

ULRICO. Nosotros las despreciamos todas... escepto la nuestra.

D.ª EMET. Las hay, no obstante, consagradas por la fama.

ULRICO. La fama!

JULIO. La fama! Nada sacrificamos á ese ídolo, del cual los meplastos y las tintas mordientes casan en las penumbras de esa fantascopea que ha tomado al mundo por stilobato... Hé aquí mi opinion!

ULRICO. Y yo la participo...

D.ª EMET. Stilobato!.. Qué bello! (Qué quiere decir eso, niña?) (*A Delfina.*)

DELFINA. (No lo sé, tia.) (*Id.*)

D.ª EMET. Qué les parece á ustedes que hagamos hoy? Propongo un paseo.

JULIO. Adoptado.

D.ª EMET. Parece que usted ama el campo?

JULIO. Señora, es una enfermedad en mí...

ULRICO. Con que tú crees en el campo?

JULIO. No lo oculto: idolatro los bosques, los prados, las flores...

ULRICO. Yo... yo no creo en las flores!

D.ª EMET. Demando á usted piedad para mis rosales.

ULRICO. Los rosales son unos palos que ocupan el lugar de los cardos.

D.ª EMET Acibar puro! Pero el corazon de usted es sordo y mudo?

ULRICO. Si lo fuese, señora, usted seria su abate de L'Epeé.

D.ª EMET. Su abate de L'Epeé! Ultrajadora galantería!

VENANCIO. (*Entrando y muy alto.*) Señora, la zapatera!

D.ª EMET. Animal!

JULIO. Estúpido!

VENANCIO. Por qué?

D.ª EMET. Venirnos á hablar de la zapatera cuando nos cerníamos sobre los abismos...

VENANCIO. Yo no sabia que se estaba usted cerniendo... Señor, ahí está tambien un estranjero que pregunta si quiere usted venderle su perro de Terranova.

JULIO. Cuánto ofrece?

DELFINA. Vender el perro?

JULIO. Jamás! Vender el compañero de nuestras alegrías y de nuestras miserias!

ULRICO. El perro! la última elegía del pobre!

JULIO. El perro! poeta sublime de la resignacion y del sacrificio! Ya lo oyes! Jamás! jamás!

ULRICO. (*Ap. á Venancio.*) Si te ofrecen ocho duros dálo.

VENANCIO. Eh? (*Asombrado.*)

D.ª EMET. Qué nobleza de sentimientos!

DELFINA. (*A Julio con emocion.*) Gracias! gracias! Soy muy feliz oyendo á usted hablar así!!...

JULIO. (Como lo ha dicho!)

VENANCIO. (Señora, sirvo el...) (*A doña Emeteria.*)

D.ª EMET. Señores, Shakespeare lo ha dicho: las mujeres deben saber algunas veces descender á la tierra... Vamos á ocuparnos del desayuno?

JULIO. (Santa palabra!) Puesto que es una penosa obligacion...

ULRICO. Y tan penosa!

D.ª EMET. Oh! qué hombres mas grandes! (*Saliendo seguida de Delfina.*)

JULIO. Oh! qué mujeres mas tontas!!

ESCENA VI.

JULIO.—ULRICO.—CAROLUS.

CAROLUS. (*Aparece á la puerta derecha envuelto en una bata.*) Estais solos?

JULIO. Cárlos!

ULRICO. Entrate no te vean!

CAROLUS. Es que no tengo tabaco.

ULRICO. Un ahogado no debe fumar.

CAROLUS. Ya estoy cansado de mi papel de ahogado...

JULIO. No reflexionas que eres nuestro contrato de arriendo? El dia en que estés curado nos será preciso tomar las de Villadiego.

CAROLUS. Sí; pero vosotros comeis y bebeis mientras que yo solo tomo chocolate y leche, y me acompaña esclusivamente un estúpido criado que bajo el pretesto de darme fricciones me cepilla el lomo tres veces por dia...

ULRICO. Pobre Cárlos!

JULIO. Quién tiene la culpa?

ULRICO. El dueño de nuestra casa nos habia puesto en el arroyo...

JULIO. Paseos contínuos de nuestros acreedores...

CAROLUS. Siempre salíamos con gafas verdes...

JULIO. Y fué preciso hacer una partida de campo.

CAROLUS. Yo autorizo á mi mujer á salir para los baños... con su noble familia!

ULRICO. Comemos en Getafe...

JULIO. Y á eso de media noche caes debajo de la mesa...

ULRICO. Con una botella de coñac... vacía.

CAROLUS. Hijos mios, queria aturdirme...

JULIO. El tabernero nos echa. Felizmente apercibo una luz filtrando á través de los cristales de esta casa... Llamo... me abren... Pido socorro para un noble jóven que se habia precipitado en un estanque por salvar á un escribano que se ahogaba por equivocacion.

ULRICO. Lanzan gritos de admiracion!.. Se nos ofrece hospitalidad hasta tu completa cura...

JULIO. Y quieres curarte, imbécil?

CAROLUS. Si comiese siquiera, no me disgustaria la farsa. Es triste decirlo, pero me veo reducido á vagar de noche en el jardin para escamotear albaricoques verdes.

ULRICO. Que atrocidad! Yo que me prometia comerlos maduros...

CAROLUS. Tambien le he echado el ojo á una cigüeña...

ULRICO. Me opongo! Tengo miras respecto á ese volátil.

CAROLUS. Tú?

ULRICO. Para mi cuadro de Júpiter y Leda.

JULIO. Quieres hacer un cuadro, insensato? Créeme, Ulrico, no hagas nada y permanece un verdadero artista.

CAROLUS. Todo hombre que se deja discutir es perdido, y el silencio no se discute!

ULRICO. Linda máxima para un músico.

CAROLUS. Siempre la he practicado.

VENANCIO. Señores, las costillas de cerdo se lamentan en su ausencia! (*Atravesando con un plato en la mano*).

CAROLUS. Las costillas de cerdo!

JULIO. Chist! Entra en tu cuarto!.. Te hemos regalado una recaida y no es cosa...

CAROLUS. Pues yo os declaro que esta noche á las seis estaré curado y comeré!

JULIO. Siempre la gula!

ULRICO. A la mesa!

ESCENA VII.

CAROLUS.—VENANCIO.

CAROLUS. Van á comer!.. (*Deteniendo á Venancio que está pronto á entrar en el comedor con un plato.*) Qué es lo que llevas ahí?

VENANCIO. Macarrones...

CAROLUS. (*Tratando de cogerlos.*) (Dicen que los italianos comen esto con los dedos...)

VENANCIO. (*Dándole uno.*) No olvide usted el álbum de la señora... Le ha ofrecido usted un pensamiento ingenioso.

CAROLUS. Sí, sí...

VENANCIO. Dentro de una hora vendré á dar á usted friegas. (*Váse por la izquierda*).

CAROLUS. «Pensamiento ingenioso de (*Con el Album*) un »ahogado. Qué le voy á poner aquí debajo? »Veamos... (*sin escribir.*) Oh, bella señora: »cuándo podré plantar la berza de mi esperan-

»za en el huerto de sus buenas voluntades!» —No: esto es demasiado sencillo! Otra cosa! »—La mujer es un lago de... un lago de as- »falto...» (*Se oyen voces fuera.*) Ah! importunos! «La mujer es un lago...» (*Desaparece hablando*).

ESCENA VIII.

DON DIEGO.—DON ANTONIO *trayendo un saco de noche; despues* VENANCIO.

DIEGO. Ya llegamos, mi querido don Antonio. Qué placer se esperimenta al llegar uno á su casa.

ANTONIO. Tiene usted una posesion encantadora!

DIEGO. Sí... vivimos á lo palurdo; ya creo que se lo he dicho á usted... aquí todos estamos á la española antigua... á la pata la llana.

ANTONIO. Asi es como quiero yo á las gentes: un pobre traficante en granos no tiene aspiraciones de gran señor... y supongo tambien que su señorita sobrina desea simplemente casarse con un hombre honrado...

DIEGO. Respondo de ello y de que le agradará usted.

VENANCIO. El café... Lo traigo al momento, señora... (*Saliendo del comedor y hablando hácia dentro.*)

DIEGO. Ese es mi criado... un patan...

VENANCIO. Calla!.. es el señor...

DIEGO. Buenos dias, perillan!.. Os habeis acordado mucho de mí?

VENANCIO. Señor! entre los corazones generosos el recuerdo es un diamante que la ausencia no sabria oxidar!

DIEGO. Qué galimatías...

ANTONIO. (Diablo! para un patan...)

DIEGO. En dónde están mi mujer y mi sobrina?

VENANCIO. Las señoras se desayunan con los señores.

DIEGO. Con qué señores?

VENANCIO. Fantasistas!.. naturalezas dantescas!..

DIEGO. Dantescas?.. Pues qué es lo que venden?

VENANCIO. No venden nada, señor!.. son gentes comm il faut!..

DIEGO. Come qué? Pero, señor, qué... Mira, ha venido alguna carta para mí?

VENANCIO. Esta. (*Sacándola del bolsillo.*)

DIEGO. Dame.

VENANCIO. Espere usted. (*Va por una batea y pone en ella la carta.*)

DIEGO. Qué es esto?

VENANCIO. El correo del señor..... (*Presentándole la batea.*)

DIEGO. Si no será esta mi casa?.. (*Asombrado.*) Escucha, Venancio, ha granizado aquí mientras he estado ausente?

VENANCIO. No señor.

DIEGO. Al atravesar el huerto no he hallado ningun albaricoque.

VENANCIO. Sin duda los austros ó el favonio...

DIEGO. Eh?

ANTONIO. El viento.

DIEGO. Y por qué no dice el viento?

VENANCIO. Señor... eso es clásico!..

DIEGO. Canastos! Tú te has propuesto burlarte de mí, animal? (*Muy irritado dándole de cachetes.*)

VENANCIO. Señor, puede usted arrojar el pedernal de la injuria en el mar de mi indiferencia.

DIEGO. Pues echa tambien estas punteras!

VENANCIO. Corro á anunciar á las señoras... (Oh! la sociedad!!!) (*Vase.*)

DIEGO. Habrá leido alguna novela... Ardo en deseos de presentar á usted á mis damas... Verá usted qué naturalidad y qué dulzura... Justamente oigo á mi sobrina...

ANTONIO. Antes déjeme usted arreglar un poco el traje.

DIEGO. No era preciso... pero consiento... Aquí... (*Haciéndole entrar á la derecha, segundo término.*)

ESCENA IX.

DON DIEGO.—DELFINA.—*Despues* DOÑA EMETERIA, *y últimamente* CAROLUS.

DELFINA. Tio...
DIEGO. Lucero... (*La abraza.*)
DELFINA. Ha sido su viaje sabroso y dulce?
DIEGO. Un diablo!.. Y luego esos pícaros caminos...
D.ª EMET. En dónde? en dónde está? (*Entrando impetuosamente.*)
DIEGO. Emeterita!.. Abrázame, pichona!..
D.ª EMET. Oh tristezas de la ausencia! Oh alegrías de la vuelta.
DIEGO. (Qué es lo que dice esta mujer?) Pero no me abrazas?
D.ª EMET. (*Separándose.*) Qué luengas son las horas de la espera, y qué amargas las lágrimas de la separacion!
DIEGO. Entonces por qué no me has escrito?
D.ª EMET. Reproches!.. Aportas la sospecha en los pliegues de tu traje?..
DIEGO. Yo en los pliegues?.. Mira, dame un achuchon y...
D.ª EMET. Delante de esa niña! (*Rechazándole púdicamente.*)
DIEGO. Cómo! No puedo yo abrazar á mi parienta delante de mi sobrina?
D.ª EMET. Mas tarde, mas tarde, amigo mio. Poseemos aquí sociedad... almas escogidas!..
DIEGO. Para qué?
D.ª EMET. Tengo proyectos sobre Delfina.
DIEGO. Yo tambien... la traigo un novio.
DELFINA. Qué?
D.ª EMET. Cómo?
DIEGO. Un traficante en granos... un hombre sencillo...
DELFINA. Tia! (*Bajo.*)
D.ª EMET. Tranquilízate: cuando vea á don Julio...
CAROLUS. «La mujer es un lago...» (*Con el álbum.*)
DIEGO. Quién es este?
D.ª EMET. El ahogado.

DIEGO. Qué ahogado?

DELFINA. El que ha salvado al escribano.

D.ª EMET. El señor don Carolus del Olimpo, autor de la sinfonía del Silencio.

DIEGO. Por muchos años...

CAROLUS. Caballero... (Buen vicho!)

DIEGO. (Calla! Y tiene mi bata!) Oye, has metido en mi bata la sinfonía del silencio? (*Bajo á su mujer.*)

ESCENA X.

Dichos.—JULIO.—ULRICO.—*Despues* DON ANTONIO.

JULIO. (*Entra riendo seguido de Ulrico.*) Delicioso! encantador!

D.ª EMET. Qué?

JULIO. Una frase de Ulrico: para traerla se ha visto en la necesidad de romper un vaso, pero la frase es encantadora! Repítela.

DIEGO. Permítame usted... Se necesita romper otro vaso?

ULRICO. Se supone...

DIEGO. Pues entonces no la repita usted.

D.ª EMET. Señores, presento á ustedes á mi marido.

LOS TRES. Oh!!

DIEGO. Tratante en pieles, para servir á ustedes.

ULRICO. Despues de comer nos hará usted la partida de tresillo.

DIEGO. Ustedes me honran... (*Atontado.*) (Pero comen aquí?) (*A su mujer.*)

D.ª EMET. Yo les he invitado... (*Sale don Antonio.*)

DIEGO. A mi vez presento á ustedes á don Antonio Romero...

JULIO. (Este apellido!..)

DIEGO. Tratante en granos...

DELFINA. El es!

CAROLUS. Calla! Un tratante en granos!

ULRICO. Nunca he visto...

JULIO. Es muy curioso!.. (*Los tres se ponen los quevedos y examinan á don Antonio como una curiosidad.*)

ANTONIO. (Si seré yo una fiera sin saberlo?) Son ustedes vidrieros? (*Señalando á los quevedos.*)

LOS TRES. Eh?

D.ª EMET. Estos jóvenes son artistas! Don Julio Cohete, don Ulrico Petardo y don Carolus del Olimpo.

ANTONIO. Nunca he oido hablar...

DIEGO. Ni yo...

ULRICO. Vive usted en provincia? (*A don Antonio.*)

ANTONIO. Sí señor; y usted en el estranjero, sin duda.

DIEGO. Hombre, una vez que son ustedes artistas, van á darme un consejo... Deseo regalar á mi mujer... Es decir, hacerle un regalo... Qué bueno se representa ahora en el teatro?

ULRICO. Nada!

DIEGO. En ningun teatro!

LOS TRES. En ninguno.

ANTONIO. Al menos hay armonía.

JULIO. Qué ha de suceder? No se protege á los jóvenes... todo lo invade el mamarracho... las comedias de gracioso... las traducciones...

ANTONIO. A ustedes no les gustan las comedias de gracioso, ni las buenas traducciones?

LOS TRES. Oh!!!

DIEGO. (Qué berridos dan!)

D.ª EMET. (*Interponiéndose magestuosamente.*) Basta de blasfemias sobre la cabeza de los poetas! Inclínense ustedes ante sus obras. (*Presentando la romanza.*)

DIEGO. Y qué es esto?

D.ª EMET. (*Desarrollando el papel.*) Una romanza! que estos señores me han dedicado.

DIEGO. Los tres á un tiempo!.. A manera de subasta...

ANTONIO. Jesus! Qué viñeta! (*Con la romanza.*)

ULRICO. Es mia, caballero.

ANTONIO. Esta aldeana tiene una espalda mas ambiciosa que la otra...

D.ª EMET. Una aldeana! Es la musa de la desesperacion!

ANTONIO. Pues la musa de la desesperacion es jorobada!—En cuanto á la letra...

JULIO. Qué?

ANTONIO. En la misma dedicatoria tropiezo con un defecto... *honra* se escribe con una r.

JULIO. Oh!

DIEGO. Forraje es el que se escribe con dos...

JULIO. (Pedante!)

ANTONIO. Tocante á la música...

CAROLUS. Qué?

ANTONIO. Me veo obligado á reconocerlo... es bonita...

CAROLUS. Algo larga... Pero á mí me gusta todo lo largo.

D.ª EMET. Lo mismo que á mí...

ANTONIO. *Mi amor es mi tesoro...* (*Tarareando el aire del Mambrú*).

DIEGO. *Mironton, ton, ton, mirondela...* Calla! Yo conozco eso!

ANTONIO. Es el aire del Mambrú... estropeado.

TODOS. Qué?

CAROLUS. Si ese aire es del Mambrú... (*Con aplomo*) el autor me lo ha robado... Le llevaré á los tribunales...

ANTONIO. Hoy dia dicen eso tantos...

DIEGO. Así anda la literatura...

D.ª EMET. Vamos, señores, basta de parlamenterismo... Propongo un paseito.

CAROLUS. Lo apruebo! Eso me abrirá el apetito.

VENANCIO. Señor, las friegas. (*Acercándose á él con un cepillo enorme.*)

CAROLUS. (Voto al diablo!)

DIEGO. (*Bajo á don Antonio.*) Quédese usted con mi sobrina y hágala la córte. (*Julio, Ulrico, don Diego y doña Emeteria salen por el fondo. Venancio se lleva á Carolus por la derecha*).

ESCENA XI.

DELFINA.—DON ANTONIO, *despues* JULIO.

ANTONIO. Perdone usted, señorita... (*Deteniendo á Delfina.*)

DELFINA. Caballero?..

ANTONIO. Su tio de usted me ha autorizado á pedirla un momento de conversacion...

DELFINA. Si es para hablarme de la alegría española...

prevengo á usted que la estimo en muy poco... mi pensamiento habita en otras regiones.

ANTONIO. (Diablo!)

DELFINA. Sin duda es usted clásico recalcitrante retrospectivo...

ANTONIO. Señorita, eso es demasiado para un hombre solo...

DELFINA. En todo caso es usted un rudo adversario de la poesía.

ANTONIO. Se equivoca usted: á mí me gusta la poesía en los libros...

DELFINA. Pero en los libros de caja?

ANTONIO. Las damas pueden decir todo lo que quieren: á mí me gusta todo lo que es sencillo, verdadero y natural... y en la conversacion no admito que un caballero tome el arpa para decirme: «Está usted bueno?» Así, pues, tenga usted la bondad de permitir que le hable sin frases campanudas... honradamente; de las esperanzas que su señor tio...

DELFINA. En efecto... me han hablado de eso... Parece que nuestros bienes raices se han encontrado... y que arden en deseos de conducirse al altar.

ANTONIO. Señorita, ese sentimiento no es noble! Solo me he informado del carácter de usted y de sus gustos á fin de satisfacerlos mejor... con este objeto...

DELFINA. Todo es inútil, caballero...

ANTONIO. Inútil?

DELFINA. No puedo enlazarme á usted... La profesion que usted ejerce?..

ANTONIO. Mi profesion!.. (Tambien toca el biolon!) (*Julio aparece en el fondo.*)

DELFINA. En fin, amo á un artista...

ANTONIO. Ya!

JULIO. (Hola!)

DELFINA. Un hombre que simboliza la mujer en esta imágen suave: «una gota de rocío arrullada en el seno de una adormidera.»

JULIO. (Mi frase!. Magnífica esplotacion!) (*Se oculta.*)

ANTONIO. Señorita, nada tengo que responder á todo eso; pero si no temiese abusar, referiria á usted la historia de una pobre flor de los

campos á quien tuvieron la torpeza de dejar caer en un frasco de almizcle.

DELFINA. Caballero!..

ANTONIO. No... no se la referiré á usted... La delicadeza me obliga á retirarme, y hallaré un pretesto para partir esta misma noche. (*Saludándola.*) Señorita...

DELFINA. Caballero... (*Id.*)

ANTONIO. (Pobre niña! qué lástima!) (*Se vá por la derecha, segundo término.*)

ESCENA XII.

DELFINA.—JULIO.—*Despues* DON DIEGO.

DELFINA. Hombre honrado... pero le falta todo... le falta la poesía!..

JULIO. (A ello!) (*Saliendo y arrojándose como un rayo á sus piés.*) Delfina!!!

DELFINA. Caballero! (*Sorprendida.*)

JULIO. (*Con pasion.*) Oh! todo lo he oido! y mi alma se ha puesto á la ventana de mi corazon para escuchar á usted cantar la melopea de la juventud y del amor!

DIEGO. Veamos si don Antonio... Canastos! (*Viendo á Julio á los piés de su sobrina.*)

DELFINA. Oh!

DIEGO. Señor mio! (*Furioso.*)

JULIO. Qué es lo que tiene usted? (*De rodillas con la mayor sangre fria.*)

DIEGO. Qué es lo que tengo?

DELFINA. Por qué esa cólera?

DIEGO. Esto es demasiado! Cuando encuentro á usted... Qué hacia usted aquí?

JULIO. Amo y lo decia! (*Levantándose.*)

DIEGO. Qué?

DELFINA. Cantábamos la melopea de la juventud y del amor!

DIEGO. La melopea?.. Con que dejo á usted, señorita, con su pretendiente y sufre usted sin ruborizarse...

JULIO. El sol dice á la tierra: «Te amo,» y la tierra no se ruboriza.

DELFINA. La onda dice á la brisa: «Te amo,» y la brisa no se ruboriza...

DIEGO. Qué ondas, ni qué brisas, ni qué caracoles! Esto en plata es hacer traicion á la hospitalidad! es una falta de delicadeza!!

JULIO. (*Muy alto.*) Caballero, la ancianidad es una monarquía, y respeto su corona de usted; pero sepa que el que hace traicion es un traidor! el que falta á la delicadeza es un hombre sin honor! Y yo creo que el arrojarme al rostro frases semejantes no ha pensado usted toda su importancia.

DIEGO. (*Amedrentado.*) Ciertamente... que no era mi intencion...

JULIO. Bien: acepto esas esplicaciones... (*Ofreciéndola el brazo.*) Venga usted, señorita! Aquí no se nos comprende!!

DELFINA. Mi tia nos comprenderá!! (*Alejándose del brazo con él.*)

DIEGO. Pero...

JULIO. Respeto la corona de usted!! (*Volviéndose ya en el dintel de la puerta y con una suprema dignidad.*)

ESCENA XIII.

DON DIEGO.—*Despues* ULRICO.

DIEGO. Que respeta mi corona... y se lleva á mi sobrina!.. Señores, yo soy un estúpido!.. He debido responderle «usted es un pillo.» Pero con esas frases campanudas se le ata á uno la lengua.

ULRICO. He atrapado la cigüeña... (*Entrando muy de prisa con un saco que se mueve solo.*)

DIEGO. Qué?

ULRICO. (Me han oido!) (*Trata de disimular el saco.*)

DIEGO. Qué lleva usted ahí, caballero? Qué hay en ese saco?

ULRICO. (*Muy alto.*) Cuidado, señor mio! De la sospe-

cha á la infamia no hay mas que un paso...

DIEGO. Dígame usted lo que en ese saco...

ULRICO. (*Con amargura.*) Conque veinte y ocho años de una vida recta y honrada no sabrán poner á un hombre al abrigo de las imputaciones mas estigmatizadoras?.. Oh! la sociedad! la sociedad!

DIEGO. No crea usted que yo...

ULRICO. Basta, caballero!.. Mi honor es una vírgen encerrada en una torre sin escalera!

DIEGO. No lo niego; pero ese saco...

ULRICO. Ni una palabra mas! Usted me ha herido cruelmente... Adios! adios! (*Se va magestuosamente por la derecha.*)

ESCENA XIV.

DON DIEGO.—*Despues* VENANCIO *con un saco de noche y una maleta.*

DIEGO. Otra te pego!.. Me ha faltado tambien la respuesta para ese ladron!..

VENANCIO. Señor, aquí están los bagages.

DIEGO. En dónde está don Antonio?

VENANCIO. Preguntar á un hombre que viene de fuera en dónde está otro que se ha quedado en la mansion, es ininteligente... es clásico! (*Se vuelve como para irse.*)

DIEGO. Y esto es romántico? (*Dándole un puntapié.*)

VENANCIO. Oh! (*Dejando caer los efectos.*)

DIEGO. Ahora no me ha faltado la respuesta!

VENANCIO. Es demasiado baja la injuria para que yo trate de levantarla! (*Mirando con desden el pié de don Diego.*)

DIEGO. Aguardad! (*Siguiéndole.*)

VENANCIO. Oh! la sociedad! (*Huyendo.*)

ESCENA XV.

DON DIEGO.—*Despues* DON ANTONIO.

DIEGO. Pero señor, qué tienen todos estos con la sociedad? Ya caigo! Esos tres galopines han

trastornado mi casa!.. Quién me librará de esa canalla?

ANTONIO. Muy fácil... Usted mismo despidiéndolos.

DIEGO. Y cree usted que es tan fácil?..

ANTONIO. Los despide en frases muy claras...

DIEGO. Yo no me atrevo... Si usted quisiera...

ESCENA XVI.

Dichos.—ULRICO.—JULIO.—CAROLUS *de traje de etiqueta.*—DOÑA EMETERIA.—*Despues* VENANCIO.

D.ª EMET. Señor esposo, la mesa nos aguarda... Aquí todavía este hombre del pueblo!

ANTONIO. Señora, asuntos graves me obligan á partir...

D.ª EMET. En ese caso participo á usted el enlace de mi sobrina con el señor don Julio del Cohete.

DIEGO. Cómo es eso?.. Me opongo formalmente!..

JULIO. Las razones!

D.ª EMET. No ves que estos hombres son gigantes!

DIEGO. Yo no quiero gigantes para mi sobrina... ni mucho menos poetas... ese no es oficio...

TODOS. Oh!!!

JULIO. Es un sacerdocio, caballero!

D.ª EMET. Patanes! Cuando el hombre se consagra al cultivo de las ilusiones poéticas los llaman vagos. Sepan ustedes que estos tres hombres no tienen mas que abrir la mano para verter á grandes rios sobre la frente de sus compañeros este trilogio de felicidad: «Amor, fortuna y celebridad!»

DIEGO. Sí, pero comer...

D.ª EMET. Basta!

LOS TRES. Basta!

D.ª EMET. Voy á ordenar el trusó, y veremos si me contradice! Dí á la costurera que descienda. (*A Venancio que sale.*)

CAROLUS. (Magnífica vieja!

ANTONIO. Y usted sufre... (*Bajo á don Diego.*)

DIEGO. Pero no vé usted qué tono...

D.ª EMET. Y la señorita mi sobrina? (*A Venancio que vuelve.*)

VENANCIO. No sé lo que le ha dicho el señor... pero está llorando junto al pozo... (*Entra á la izquierda.*)

D.ª EMET. Junto al pozo!.. Dios mio!.. es capaz... Corro!.. (*Dirigiéndose con furia á don Diego.*) Bárbaro! Que su sangre caiga sobre tu cabeza!! Oh! la sociedad!! (*Vánse.*)

LOS TRES. Bárbaro!!! (*Con indignacion á don Diego.*)

ESCENA XVII.

Dichos menos DOÑA EMETERIA.—*Despues* MATILDE.

DIEGO. Caracoles!!

MATILDE. Me ha llamado la señora?

CAROLUS. Mi mujer!!

MATILDE. Mi marido!!!

TODOS. Su marido!!!

DIEGO. Su mujer... una doncella...

MATILDE. Cómo?

DIEGO. De labor!..

JULIO. (Cuando iba esto tan bien!..)

CAROLUS. Señora del Olimpo, me asombro de ver á una persona de su rango... (*Con dignidad á Matilde.*)

MATILDE. Conque sale usted para leer el *Clamor Público* y permanece tres meses sin volver?..

CAROLUS. Tenia una mision del gobierno...

MATILDE. En Getafe?

ANTONIO. Qué infamia!

DIEGO. Eso hacen ustedes con sus mujeres?

ANTONIO. «Amor, fortuna y celebridad!

MATILDE. Al fin poetas de carambola: embadurnadores de lienzos, y compositores de entremeses robados!..

CAROLUS. Señora... yo!..

ANTONIO. Bravo!..

DIEGO. Que se repita!

MATILDE. Sepan ustedes que como estos hay un millar en Madrid.

LOS TRES. Señora!!!

DIEGO. Soberbio!!!

ANTONIO. Qué verdades!

MATILDE. Y no obstante, tienen buenos brazos si quisieran trabajar... podrian hacerse impresores ó pasteleros... como todo el mundo!

JULIO. Trabajar nosotros!..

ANTONIO. Sí, señores, trabajar!..

MATILDE. Por qué no?..

ANTONIO. Prefiere usted que le mantenga su mujer? Vergüenza!!! Usted no comprende que haya una cosa mas útil y mas honrosa para un hombre que arrojar frases huecas y destrozar la música del Mambrú, mientras que su pobre mujer se agujerea los dedos para ganar un pedazo de pan... que ha de compartir con usted?.. La poesía, la música, la pintura, son indudablemente artes divinos, pero por lo mismo para cultivarlos con aprovechamiento y porvenir se necesita lo que Dios no concede con frecuencia; se necesitan dotes é inspiracion... y aun así y todo... no ve usted el fruto que sacan en España nuestros buenos poetas, nuestros escelentes músicos y nuestros privilegiados pintores?.. Pues si nada consiguen aquí los verdaderos ingenios, para qué venir en tropel esas ordas de falsos sacerdotes como ustedes?.. Para involucrarlo todo, para envenenarlo todo!.. para relegarnos, como ya lo estamos, al último grado de la miseria y de la anarquía en política, como en artes, en ciencias, como en todo!!!

CAROLUS. (*Conmovido y avergonzado.*) Conozco, caballero... que soy lo que usted dice.

ANTONIO. Bien: eso me basta! Quiere usted un destino en mi bufete?

CAROLUS. Yo.. escribiente...

ANTONIO. Desengáñese usted: es mejor oficio que el de poeta... Vendrá tambien su mujer... y será la doncella...

CAROLUS. Acepto! Rompo mis partituras!

JULIO. Si tuviera usted otros dos destinillos...

ANTONIO. Ustedes tambien?.. Con mil amores! En la industria hay puestos para todos los que tra-

bajan, y en las artes no los hay ni para los que tienen talento.

ESCENA XVII.

Dichos.—DOÑA EMETERIA.—DELFINA.—*Despues* VENANCIO.

D.ª EMET. Sí, hija mia! te casarás con él! Qué feliz vas á ser!..

DIEGO. (Buena te espera!) (*Tomando á Matilde de la mano.*) Tengo el honor de presentarte á la esposa del señor don Cárlos...

D.ª EMET. Una costurera!.. Qué horror!..

ANTONIO. Y yo, á estos seres privilegiados sin trabajo, convertidos en escribientes mios!

D.ª EMET. Escribientes! Dioses inmortales, qué es esto?

DIEGO. Esto es, señora, que la poesía se ha convertido en prosa...

ANTONIO. Y que de todas las tonterías, la mayor es la de las mujeres tontas...

DIEGO. Que se enfria la sopa!..

CAROLUS. Si la leccion ya pasada logró agradar un momento, el autor queda contento con oir una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

Pst! Pst
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me dan.!.
El Perro rabioso.
¿De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.

El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.

Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

El Padre Cobos.
Cosas de don Juan.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.

Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá.	Benigno García Anchuelo.
Alcoy.	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras.	Clemente Arias.
Alicante.	Pedro Ibarra.
Almagro.	Antonio Vicente Perez.
Almeria.	Mariano Alvarez.
Andujar.	Domingo Caracuel.
Antequera.	Joaquin María Casaus.
Aranda.	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez.	Gabriel Sainz.
Arévalo.	José Espinosa.
Avila.	Vicente Santigo Rico.
Avilés.	Ignacio García.
Badajoz.	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena.	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro.	Mariano Ferraz.
Barcelona.	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar.	Vicente Alvarez.
Berja.	Francisco Asís de Robles.
Bilbao.	Nicolas Delmas.
Borja.	Manuel Marco Cadena.
Burgos.	Timoteo Arnaiz.
Cabra.	Manuel Rendon.
Cáceres.	José Valiente.
Cádiz.	Viuda de Moraleda.
Calatayud.	Bernardino Azpeitia.
Carrion.	Luis Agudo Luis.
Cartagena.	Juan Maestre.
Cervera.	Joaquin Gasset.
Chiclana.	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Francisco Gallego.
Córdoba.	Rafael Arroyo.
Coruña.	José Lago.
Cuenca.	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras.	José Conte Lacoste.
Gerona.	Francisco Dorca.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada.	José María Zamora.
Guadalajara.	Fermin Sanchez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	Pascual de Quintana.
Huelva.	José V. Osorno é hijo.
Huesca.	Bartolomé Martinez.
Igualada.	Joaquin Jover y Serra.
Jaen.	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida.	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena.	Bernardino Guerrero.
Lisboa.	Silva Junior.
Loja.	Juan Cano.
Lorca.	Francisco Delgado.
Lugo.	Manuel Pujol y Masia.
Lucena.	Juan Bautista Cadena.
Málaga.	D. Francisco de Moya.
Manila.	Ramon Somoza.
Manresa.	Manuel Sala.
Manzanares.	Dimas Lopez.
Mataró.	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida.	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo.	Francisco Delgado.
Murcia.	José Galan.
Orense.	José Ramon Perez.
Oviedo.	Bernardo Longoria.
Palencia.	Gerónimo Camazon.
Palma.	Pedro José García.
Pamplona.	Ignacio García.
Paris.	Lassale y Melan.
Plasencia.	Isidro Pis.
Pontevedra.	Manuel Verea y Vila.
Priego.	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena.	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rioseco.	Marcelino Tradanos.
Rivadeo.	Francisco F. de Torres.
Ronda.	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca.	Rafael Huebra.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar.	José María del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander.	F. Fernandez Gallostra.
Santiago.	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia.	Eugenio Alejandro.
Sevilla.	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera.	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona.	José Pujol.
Teruel.	Vicente Castillo.
Toledo.	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa.	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Manuel Martinez de la Cruz.
Valencia.	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid.	Felix Mateo.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	Magin Bertran.
Vitoria.	Bernardino Robles.
Ubeda.	Francisco de P. Torrente.
Utrera.	Juan de Alba.
Zafra.	Juan de Dios Hurtado.
Zamora.	Manuel Ceno.
Zaragoza.	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.